

Guillermo Rodríguez Riedel
Temporada de cosecha



Guillermo Rodríguez Riedel

Temporada de cosecha



El presente libro es resultado del trabajo de Taller de Literatura
realizado por el Autor con Alejandro Margulis entre 2020 y 2022

© Guillermo Rodríguez Riedel, 2022

© De la edición digital, Ayesha Agencia Literaria de Alexander Margulis

Arte de tapa: S/T - Zulma García Cuerva y Alex Margulis.

MUESTRA SIN VALOR COMERCIAL DE LA AGENCIA LITERARIA AYESHA

LOINAZ

Llega a la estación en la madrugada. La encuentra casi vacía. Solo el loco Cusatti duerme en un banco, tapado por una frazada vieja y sucia. Hacía rato que no lo veía pedir por el centro y parecía que se había esfumado junto con los otros. Sorprende verlo ahí, tan tranquilo.

Inmediatamente y sin hacer ruido se mete en el baño. El olor a amoníaco casi hace que vomite. El corazón que se le sale del pecho. Las manos transpiradas. Se mira en el espejo, puede ver dos manchas azules en el cuello. Abre la canilla y empieza a lavarse, a quitarse las marcas. Se rasca con las uñas, tratando de eliminar todos los rastros, el sabor en su boca. Saca de su bolso azul oscuro el maquillaje. Trata desesperadamente de borrar sus gestos. Se mira en el espejo nuevamente. El polvo apenas logra cubrir el pequeño hilo de bigote en el bozo. Se delinea los ojos con un negro furioso, los párpados con una sombra celeste, la boca con un labial sangre. Se aplasta el pelo con unas horquillas. Vuelve a meter la mano en el bolso. Saca una peluca morocha con rulos y con cuidado se la coloca. Se desabrocha el Oxford, se lo quita, lo hace un ovillo y lo guarda en el bolso. La camisa, ahora liberada, le llega a las rodillas, se revela como un vestido que alisa con las manos. Lleva puestas unas medias de nylon color piel, un poco más oscuro que el de la suya. Toma del bolso un corpiño armado, relleno con lana. Se desabrocha los primeros botones del vestido dejando al descubierto sus hombros. El espejo refleja algunas aureolas rojas en el pecho, un par de moretones en los brazos. Con cuidado va poniéndose el corpiño. Vuelve a cubrirse con el vestido. Una última ojeada. Se cubre el cuello con un pañuelo, se lo anuda. Saca del bolso lo que falta para su completa transformación, un par de sandalias marrones con taco no muy alto y una cartera tipo sobre con correa dorada. Revisa que no falte nada dentro. En un papel están escritos los pasos a seguir y un número de teléfono. Lee detenidamente, memoriza cada palabra, cada cifra, después arroja el papel al inodoro y tira la cadena. El papel, gira con el agua hasta que desaparece. Esconde el bolso en el compartimento del fondo, que está en desuso. Camina un poco para acostumbrar los pies a los zapatos, se mira otra vez en el espejo, se acomoda la peluca.

Sale del baño con pasos seguros. La estación sigue vacía. Todavía no abrieron la boletería. Se sienta en un banco cerca de la puerta. Tiembla, no sabe si de frío o miedo. Saca de la cartera el atado de jockey, una caja de fósforos. Se dispone a prender uno.

—¡Señora! ¡Señora!

Casi salta del banco, busca la 22 en la cartera.

—¿Me convida un pucho?

Desde el otro lado de la estación aparece el loco Cusatti, recién despierto, los pelos alborotados y duros de mugre, la cara roja de alcohol, vestido con jirones de tela. Tiene el culo casi al descubierto, lo mismo que el torso que cubre con la frazada vieja. Al darse cuenta de quien se trata se tranquiliza.

—¡Ah! ¡Eras vos!... ¡Me asustaste!... Si, tomá...

—Gracias señora...

—¿Pasaste la noche acá? —pregunta aflautando la voz.

—Sí, el centro era un kilombo... toda la gente festejando...

—¿Qué cosa?

—¿Cómo?... ¿No sabe que anoche le ganamos a Perú? ¡Seis a cero! ¡Llegamos a la final!

—¡Ah claro!... ¡Que distraíd...! Tenés razón...

—¡La gente estaba como loca! ¡A los gritos por la calle!... También... tan poco hay pa'festejar... Y me vine pa'cá... Se está más tranquilo

—Tenés razón... poco para festejar... y decime... ¿los otros?

—¿Qué otros?

—Tus amigos...

—No sé... por ahí dicen que subieron a un camión... qué se yo... pero hace unos días que no aparecen...

—¡Hijos de puta! —susurra para sí—. ¿No sabés cuando abre la boletería Benítez?

—Creo que debe estar por abrir. En un rato sale el tren pa' Buenos Aires.

—Claro... es el que estoy esperando.

En ese momento advierte el movimiento que viene de la calle. Levanta la mirada hacia la entrada y ve unas luces azules. Empieza a transpirar, toma la cartera con las manos. Baja la cabeza. Al fin el auto de policía se aleja. De a poco se va componiendo.

—¿Está bien? —pregunta el loco Cusatti arrojando la colilla del pucho al suelo y aplastándola con el resto del zapato que le queda.

—Sí... solo un poco cansado... ¡cansada!...

El loco Cusatti se queda mirando detenidamente el rostro, lo observa pensativo, como tratando de descifrar algo. Luego se sacude la cabeza y sigue.

—Mejor me voy antes que abra Benítez—responde—. Este es capaz de llamar a los canas... mejor rajo.

—Hacés bien... prometeme que esta vez te vas a cuidar... Sí, ojo con los canas y los milicos... alejate...

Cusatti mira, comprende. Le sonrío.

—Tomá. Quedátelos.

Agarra el paquete de cigarrillos, se queda con dos y le pasa el resto. Saca de la cartera un billete y se lo entrega.

—¡Muchas gracias... señora! Y quédate tranquilo... ¡Tranquila! Me sé cuidar muy bien... hasta ahora vengo zafando... Mejor dicho venimos, ¿no?

En la estación vacía fuma los dos puchos que le quedan, se cruza de piernas tratando de cerrarlas bien, practica poses. Se para, se coloca la cartera al hombro, deambula por la estación, ejercita la caminata, distintas voces.

Al salir el sol la estación se va poblando de gente. Algunos esperando el tren local, obreros que van dormitando al trabajo, alguna empleada de servicio. Otros, con valijas y mejor vestidos esperan el tren a Buenos Aires.

Se sienta en un banco semiescondido cerca del baño. Saca de la cartera un par de anteojos negros de carey. La gente no le hace caso, ocupados en sus cosas. De pronto una cola se forma delante de la boletería. Benítez levanta la vieja cortina y comienza a atender.

Se levanta del asiento, resopla y camina despacio hacia la boletería. Se para detrás de una viejecita. La cola avanza. Empieza a sudar, a tiritar, trata de disimular, intenta una pose despreocupada. De pronto la vieja se da vuelta y le dice:

—Disculpe...

—...

—Disculpe, querida...

—¡Ah! Sí... perdón...

Contesta como volviendo de un viaje. La mira por detrás de los lentes. Inmediatamente adopta el papel, sonrío.

—Sí... ¿necesita algo?

—¿No sabe a qué hora sale el próximo tren a Buenos Aires?... Es que no veo bien... Y salí tan rápido de casa que no me informé.

—Si... sale a las 7.45. Yo también voy a tomarlo.

—Ah... ¿también viaja a Buenos Aires? ¡Excelente! Así viajamos juntas. Podemos acompañarnos, es un viaje tan largo que si no hablo con alguien me muero.

—Yo voy sólo hasta Rosario. Pero puedo acompañarla hasta allá.

—Muchas gracias. Me va a hacer bien ir acompañada, aunque sea un rato. ¿Su nombre?

—Fabiana... Me encanta poder hacerle compañía durante el viaje...

—Gracias... Yo soy Rosa

—Mucho gusto, Rosa... ¿Y por qué viaja a Buenos Aires?

—Esta madrugada recibí una llamada urgente de mi hija que vive allá. ¡Estaba desesperada! No pude entender bien. Algo sobre mi nieto. Como que estaba en problemas, no sé... Y mire que se lo dije... Tené cuidado con Gustavo. La facultad es peligrosa. Y más allá con tanto comunista suelto. Hay que vigilar bien de cerca con quien se junta...

—Claro...—palidece de golpe.

—Por suerte acá esas cosas no pasan. La gente puede hacer una vida normal. Esa gentuza tiene que pensarlo dos veces antes de venirse para acá. ¡Gracias a Dios! Después de la limpieza las cosas están tranquilas. Mientras gente patriótica como Loinaz nos cuiden va a estar todo bien.

Escucha ese nombre y se le eriza la piel. Se agita, temblando.

—¿Querida estás bien? Se te ve un poco tensa. ¿Necesitás algo?

—Nno... na... da... Solo estoy un poco...ya me estoy reponiendo.

—Capaz necesitás comer algo... Te veo pálida.

—¡Estoy bien! No es nada... Ya me siento mejor.

Llegan a la ventanilla, la vieja saca el pasaje y se dirige al andén.

—¿La espero?

—No...mejor...vaya...yo después la alcanzo.

Se compone como puede, pide el pasaje. Benítez agarra los billetes, los cuenta, pica el boleto, todo sin mirar a quien está atendiendo. Una vez que recibe el vuelto a paso rápido se dirige al baño. Se encierra en un cubículo, se saca las gafas y empieza a llorar. Como una descarga deja que el llanto salga con toda la fuerza. Saca de la cartera un pañuelo y se seca las lágrimas. Agarra el polvo y se arregla el maquillaje. A lo lejos ruge la bocina del tren que se está acercando. Hace un último retoque a su cara, intenta una sonrisa y parte para el andén.

Sube a uno de los últimos vagones clase turista. Busca un asiento cerca de la puerta, del lado de la ventanilla.

Ruega que suene el pitido y salga lo antes posible.

El tren arranca y el corazón le salta por la boca. Al fin comienza el viaje. Irse de esa ciudad. No se aguanta en el asiento. Asoma la cabeza por la ventanilla, después saca medio cuerpo para ver la estación alejarse. Se siente como en el final de una película, de esas que veía en el cine de barrio. Advierte que toman su brazo con fuerza. Se vuelve y se sorprende. Entonces ve al hombre vestido de uniforme sentado enfrente. Fuma despreocupadamente. El mismo tipo de uniforme que usa Loinaz.

—¿La asusté?... Discúlpeme

—Ah...

—Temí que pudiera caerse por la ventanilla...

—Ah... g...gra...cias.

—¿Se encuentra bien?

—¡No!... ¡Sí!... Solo... me sorprendió... No lo había visto.

—Es que recién me senté. ¿Estaba despidiendo a alguien?

—¡No!... Viajo sola.

Detrás de sus anteojos observa cómo el militar clava los ojos en su cara firmemente, desconfiado, analiza sus rasgos, intentando descifrar algo. Decide girar la cabeza y perder la vista a través de la ventanilla. Los dedos de su mano izquierda rebotan insistentemente contra el apoyo brazos. El hombre, después de un largo silencio, pregunta:

—Perdón, pero... ¿sabe una cosa?... Su cara me resulta familiar, como si nos conociéramos...

—No cr...creo —contesta con la voz entrecortada

—Si... de algún lado... ¿Le podría pedir que se quitara los anteojos por un momento?...

—Es que...

—Usted creerá que soy un impertinente... Pero...

Ahora el militar lo mira de forma violenta, casi dando una orden. Queda congelado, como esperando la acción.

—¿Conoce al oficial Loinaz...?

Al notar el peligro, baja la cabeza inmediatamente, después de unos segundos eternos comienza a quitárselos muy despacio, levanta levemente la cabeza, intenta no mirar al milico directamente, después de unos segundos se los vuelve a poner.

—¿Quién no lo conoce?

—Acá es un héroe. Todos lo conocen —dice y se queda pensativo. —El caso es que Loinaz tiene una especie de... secretario. Un joven que lo acompaña a todos lados, le realiza todo tipo de favores...

—...

—Tipo caucásico, no muy alto, ojos azules... así... como usted, pero...

—...

—...pero no. No. Estamos buscando un hombre. Bueno, creo que me excedí en lo que dije. Lo cierto es que hace días que se lo está buscando, por ciertas investigaciones que hice, tengo la certeza que...

Sin dejar que termine la frase, se levanta como un resorte del asiento y a paso ligero se desliza por el pasillo hacia el baño. El militar gira el cuerpo, como divertido. Observa las pantorrillas musculosas, duras, el culo chato.

Sin mirar atrás entra en el baño a toda velocidad. No sabe qué hacer, abre la cartera y comprueba que la 22 sigue ahí, al igual que la pastilla. Llaman a la puerta, se sobresalta.

—¡Ocupado!

Vuelven a golpear. No contesta. A los pocos minutos vuelven a insistir

—¡Les dije que está ocupado!...

Otra vez los mamporros. Ahora escucha que no es uno solo el que lucha por derribar la puerta. Oye otras voces, otros gritos. Da vueltas sin sentido, se agarra la cabeza, todos los músculos contraídos, el llanto se hace incontrolable. Grita a viva voz

—¡Déjenme en paz!

—¡Abrí, mierda!

Agarra el arma con ambas manos. Apunta hacia la puerta. Tiembla. Cierra los ojos.

TEMPORADA DE COSECHA

Me siento en una novela de Hardy...

¡Por Dios!... O de Dickens... no Dickens no... Dickens es Londres... Hardy es campo... como esto... lejos del mundanal ruido... ¡que novelón!... triángulo amoroso en medio del campo... la mina disputada por tres tipos... ¡quién pudiera!... ¡Ja!... aunque... me siento más un cliché de Puig... volviendo a Coronel... ¿Coronel?... ¡Nombre de milico tenía que tener el pueblo de Puig!... No solo el de él... Villegas... ¿o Vallejos?... no me acuerdo... ¡Mejor Tieta de Agreste... ¡Jorge Amado es más divertido!... volviendo al pueblo millonaria... y triunfante... después que la rajaron por puta... cualquier parecido con la realidad... aunque de triunfante, yo... ni aunque quisiera... Me imagino las viejas del pueblo cuando la vieron llegar... con su vestido y joyas... ¡Muertas de envidia!... si supieran cómo se lo ganó... ¡callos en las rodillas!... cualquier parecido con la realidad... ¡já!... ¡Qué grande Jorge Amado!... ¡uh! ¡Se me llenaron los zapatos de barro!... Estas calles de tierra... ¿Tanto cuesta asfaltar?... ¡Qué buen puchero me haría con estas gorditas! Las gallinas siempre sueltas por las veredas... Si no fuera por los postes de luz creería que estoy en el siglo diecín... ¡Vallejos!... en la novela le puso Vallejos... pero en realidad era Villegas... ¿o al revés?... ¡qué quilombo tengo en el mate!... ¿en qué estaba?...

¡Qué lindo potrillito este!

¡Un alazán! Igual prefiero al zaino... aquel zaino... ¡Qué rico el olor!... ¡mandarinas!... ¡La verdad que este pueblo está igual!... ¡Mismas casas, mismas calles! Siempre un día como el anterior. ¡Uf!... Siempre las mismas caras. Menos mal que me fui... o me fueron... es lo mismo... por suerte me fui... No tengo idea qué hubiera sido de mi vida si me quedaba yo viviendo acá... ¡pegarme un corchazo!... Ni un alma en la calle... claro... estarán

durmiendo la siesta... menos esas en el portal... Chusmeando... Pero... ¿me están mirando a mí?... Tranqui... no les des bola... ¡pero cómo miran!... vos no caigas... ¿me están llamando?... tranquilo... debe ser alguna boludez... sí, si... soy el hijo de Leonor... gracias... recién estoy llegando... no sé... me dijeron infarto... graaacias... supongo que ya la deben estar velando... graaacias... si, si... venga cuando pueda... hasta luego... ¡graaaaciaaaasss!

¡Viejas de mierda! Pero bueno, ya me imaginaba que iba a ser así... Me sudan las manos... ¡Ni sé qué decir! ¡Ni qué hacer!... No me acordaba del olor del campo... es tan...tan... ¡un olor a bosta que no se aguanta!... ¡Y este calor que no se banca!... ¡Al fin empieza el empedrado!... debo estar entrando al pueblo... ¡qué lejos pusieron la terminal!... Bueno... acá está llegando Tieta de Agreste... ¡a ver como la reciben!... ¿Me dirán algo?... ¿o ya se habrán olvidado de todo?... Si no me equivoco en dos cuadras ya estoy en Martín Fierro... de ahí a la derecha es... una cuadra... ¿O dos?... Hace ya tanto tiempo... hasta eso se me olvidó... ¿Y si me apuran qué hago?... Ya no puedo quedarme en el molde... A los dieciocho años es una cosa, pero ahora... No creo que vaya a haber kilombo en medio de un velorio... con la vieja ahí... No creo... éstos son tan cagones que van a mirarme de costado... ¡Capaz que hasta me reciben con pompas y todo... y mordiéndose por dentro... ¡como con Tieta!... Igual, vos tranquilo Facu... bancatela... son unas horas nomás... ¡Pero que no me busquen!... ¿Faltará mucho? A ver... Del almacén de Don Roberto son unos metros... ¿Vivirá Don Roberto?... No creo... ¡Uh!... Y yo con esta camisa... Este calor me está matando. Mis pies van a explotar... A mi solo se me ocurre venir con estos zapatos... ¡Y en camisa de jean!... Estoy todo chivado... Salí y no se me ocurrió traerme más ropa... Vos igual tranqui... es un trámite... que ellos se pongan nerviosos...vos, ¡un duque!... ¡Martín Fierro!... Ya estoy cerca... ¡el almacén de Don Roberto!... está abierto... ¡Vamos Tieta!... ¡no me afloje!... ya veo el limonero... el olor... la casa... Y todo lo que falta todavía... va a ser una noche larga...

Facundo camina unos pocos pasos desde la esquina en forma lenta, agazapada, hasta el añoso umbral.

Al levantar la vista pudo ver a los curiosos en el portal de la casa. Volvió a bajarla. Percibió las miradas, los cuchicheos de los chismosos, los codazos de las viejas hacia sus

maridos. Le temblaban las piernas. El peso de su cuerpo lo tiraba hacia el piso. Nadie se animó a acercarse, a hablarle, es más, todos se lo quedaron mirando.

Llegó al pequeño portón de madera ajada por el tiempo. Quedó en la entrada, mirando hacia la puerta. Observó el jardín descuidado con el césped alto, los malvones con su rojo rabioso mezclado con las malas hierbas, el viejo limonero cargado de frutos, varios en el piso. La enredadera atacando rebelde las paredes de la casa. Las santa ritas iban invadiendo la casa del vecino. Alzó la vista y pudo ver el frente, sus paredes rosa viejo, la puerta de madera con el barniz saltado. Recordó cuando de chico salía por esa misma puerta en dirección al colegio. Con su guardapolvo almidonado y peinado con gomina, con la cartera de cuero y las bolitas en el bolsillo.

El llanto de doña Alcira lo despertó. Lo abrazó apoyando su rostro en el pecho. El, sin poder reaccionar. Ella lo tomó de los brazos y lo miró fijamente. Recorrió la ineludible cicatriz en su cara con un dedo, muchos años habían pasado desde que lo había acariciado por última vez. El buscaba en su cabeza la imagen de la mujer a quien estaba abrazando. Tenía un recuerdo de una fémica hermosa y sensual que no coincidía con la anciana que tenía enfrente. Su antigua cabellera rubia había dado paso a unas mechas blancas, duras como varas. Las arrugas le cubrían el rostro seco. Lo único que reconoció fueron esos ojos azules cristalinos que le llamaban tanto la atención de chico. Entonces sintió lo mismo que cuando a él le aparecieron las primeras canas, ante las primeras patas de gallo que salían de sus ojos como rayos, ante los primeros dolores de columna. No pudo pensar mucho más. Doña Alcira lo tomó violentamente del brazo y lo empezó a arrastrar hacia el interior de la casa. Facundo caminaba con pasos cortos, con el cuerpo endurecido. A medida que avanzaban observó algunas personas en el pasillo de entrada. Sintió sus miradas como espadas que le clavaban el rostro, los brazos, el cuerpo entero.

Bajó la cabeza, quería salir corriendo de ahí. Sintiéndose vencido, entró.

La casa estaba inundada del olor de las coronas y el incienso. Debido al calor del verano pampeano, parecía en llamas junto al resplandor de los cirios. Sumado a la humedad, el vaho se hacía insoportable. Su cuerpo todo pegoteado del sudor. Habían colocado a la madre en el comedor. El cajón de madera barata en el centro de la habitación. Detrás una cruz de neón y una imagen de la Virgen. Las legionarias de María, el grupo de la iglesia al que su madre pertenecía, mujeres enfundadas en las típicas mantillas negras, rezaban por tercera vez el rosario. Los hombres, más retirados, hablando sobre el éxito de la cosecha de ese año.

Todo el pueblo se había dado cita en el lugar. Después de todo se trataba de una Mansilla, pariente lejana de Don Lucio, el que había excursionado con los indios ranqueles y volvió para contarlo. Ella siempre se daba aires acerca de su pasado patricio. En cualquier reunión, asado, o comprando en la feria, ella sacaba a relucir diferentes historias acerca del pariente, la relación con su bisabuelo, los supuestos veranos que el prócer pasó en la casa del pueblo, por otra parte, nunca comprobados. Era su momento de gloria, cuando se sentía dueña del auditorio y cual actriz de cine declamaba las supuestas historias de la familia. Se hacía llamar Leonor Mansilla viuda de Anzoátegui, y lucía su alcurnia por el pueblo. De ahí que las principales figuras de la sociedad se encontraran en el lugar. Ya habían pasado a saludar el intendente, el juez de paz, el cura, las mujeres vestidas como para una fiesta. De uno en uno desfilaron junto al cajón. Después, con un apretón de manos nervioso, se dirigían a él repitiendo la misma frase hasta lo humanamente soportable:

—Le doy mi pésame.

Pocos se atrevían a sostenerle la mirada. La mayoría ni bien se cruzaban con él bajaban la cabeza tratando de hacer el menor contacto. Lo trataban de usted, como a alguien que acababan de conocer. Luego de un silencio inventaban alguna excusa para alejarse. Facundo saludaba sin saludar. Todo cambió cuando llegó al cajón y observó, por fin a su madre.

¿Pero quién es esta mujer?

La imagen que conservaba en el recuerdo distaba mucho del rostro que asomaba escondido en la mortaja. Consumida, ríos de arrugas recorrían esa cara espectral. El pelo blanco. No pudo ver esos ojos inquisidores que tantas veces lo persiguieron en sueños, ahora eternamente cerrados. Finalmente había quedado reducida a un ser empedregado, débil, diminuto. ¿Dónde había quedado esa mujer con fuerza de sargento que lo hacía temblar con un pequeño alzamiento de voz? Facundo contempló perplejo el cuerpo muerto de la mujer. Intentó sentir algo, pena, dolor, lo que sea. No le salió. A esa altura esa señora resultaba una perfecta desconocida. Recordó cuántas veces había necesitado un abrazo, un pecho donde reclinarse. Sin embargo, el rechazo de la madre a toda muestra de

afecto la mantenía lejana, distante. Facundo quedó frente al cajón sin emitir palabra ni gesto.

El calor lo marea, sale de la sala y enfila hacia la cocina.

Se acordó que la vieja siempre tenía escondida una botella de ginebra atrás de la heladera. Buscó y encontró. Saco unos cubos de hielo del congelador y se sirvió. Mientras tomaba, su mirada se distrajo con el cuadro que aparecía colgado de la pared, la única muestra en la que estaba la familia entera. Su padre, al que apenas había conocido. “El más guapo de los Anzoátegui”, siempre repetía su madre. Tenía razón. Alto, morocho, bastante parecido a él como decían en el pueblo, pero con un porte de actor de cine. Al lado, su madre, que apenas le llegaba a los hombros. Y entre ellos, en los brazos del padre estaba él, el orgullo de los dos. Pero la vieja foto en blanco y negro revelaba una alegría que jamás pudo sentir en ese lugar. Los recuerdos que tenía de esa casa distaban mucho de momentos felices. Se sirvió otra ginebra y se dirigió por el pasillo al fondo, donde se encontraba su habitación. Giró el picaporte, la puerta hizo un chillido cuando la abrió. El cuarto estaba intacto. La misma cama, el mismo cubrecama bordó, el mismo escritorio con la vieja máquina de escribir en el centro. La misma con la que comenzó a escribir las primeras frases, los primeros tímidos poemas, los primeros relatos. Al lado, el cuaderno chiquito. Lo fue abriendo con cierto respeto. Tímidamente, casi con miedo, comenzó a leer: “23 de enero de 1987: hoy me encontré con él en el río. Ya no sé cómo contenerme, decirle lo que siento, me parece que a él le pasa lo mismo, pero no dice nada, se hace el boludo”. Le causó gracia el comentario, tomó otro trago de ginebra y continuó: “28 de enero de 1987: el día estuvo hermoso, fuimos otra vez para el río, no puedo parar de pensar en él, en su cuerpo, su pelo, su sonrisa, después de bañarnos nos tiramos bajo el algarrobo. Se quedó dormido. Y yo aproveché para dibujarlo. Recorrí todo su cuerpo con la mirada, me lo grabé en la memoria. Me acosté a su lado y lo abracé, despacito, para que no despertara. Y me quedé ahí, pegado a su cuerpo”. Se acercó al ropero, lo abrió y encontró toda su vieja ropa limpia, lista para ser usada, sus pequeños trofeos de atletismo, la querida biblioteca. Ahí estaban sus primeras lecturas. El Dr. Jekyll y Mr. Hyde, El retrato de Dorian Gray, que devoró casi de una sentada, extasiado, nunca había leído algo similar; Dostoievski con su Crimen y Castigo con el que lloró a rabiar, más porque entendió que nunca iba a poder

escribir algo tan maravilloso. También estaba la colección Robin Hood casi completa con Emilio Salgari y Julio Verne a la cabeza. Con ellos se internó en la selva y fue al espacio, viajó en globo y submarino, luchó contra tigres y dragones sin salir de su cuarto. En el estante de arriba comenzaba a perfilar el nuevo lector. Ahí convivían el Rayuela de Cortázar, los cuentos de Borges, El juguete rabioso de Arlt, Boquitas pintadas de Puig, Cicatrices de Saer, autores que lo iban a acompañar en su exilio. Los posters de Los Beatles y el flaco Spinetta. Se vio a si mismo encerrado en esa habitación adolescente, con el grabador a todo volumen, leyendo, escribiendo, bailando, soñando, viviendo. Sintió pena por su madre. Entendió su soledad. Por primera vez lloró.

Tres horas después Facundo está agotado.

No veía la hora de que todo termine. Seguía cayendo gente cual si se tratara de un baile en la sociedad de fomento. El saludaba sin mirar, agradecía al aire, ni preguntaba de quienes se trataban. Le dolían las piernas de tanto estar parado. La falta de sueño se hacía notar, emitió un par de incómodos bostezos durante la ceremonia religiosa. El cura y varias personas lo miraron en forma inquisitiva, él les restó importancia. Una vez que el cura terminó, se retiró al patio, prendió un parisiennes, jugó con el humo haciendo círculos. Respondió los mensajes que le habían llegado: los saludos de sus compañeros apenados por lo que había pasado y tres del jefe preguntando cuando volvía. Iba a ser una noche larga y tediosa. Rogó que el tiempo rodase veloz. En eso estaba cuando un hombre se acercó.

—Pensé que no te iba a encontrar...

—¡Cómo no iba a estar!

—¿Te acordás de mí?

—Claro que me acuerdo de vos.

—¿Cuándo llegaste?

—Esta tarde.

—Recién llegado entonces.

—Sí.

—Lamento mucho lo de tu mamá.

—Gracias.

—Hacía tiempo que no la veía.

—¿Cuándo la viste?

—Creo que fue en misa de gallo el año pasado.

—¿Y cómo estaba?

—Y, viejita...

—Y, le tocaba ya...

—¡Pero con una polenta!

—Es lo que todos dicen...

—Es que hacía de todo la pobre.

—¿Y qué es de tu vida?

—Me casé.

—¿¡Te casaste!?

—Sí...

—¿De verdad que te casaste?

—Me casé hace como treinta años. Tengo cuatro hijos

—¿Viven con vos?

—Los dos mayores ya están casoriados también. Soy abuelo.

—¿En serio? ¡Me estás jodiendo!

—Sí, tengo dos nietos ya.

—Claro, cierto que acá todos se casaban jóvenes. No hay nada para hacer.

—¿Y quién te dijo que aquí no hay nada que hacer? Acá se trabaja mucho.

—¿Tu mujer era del pueblo? ¿La conozco?

—¡Claro que la conocés! Clarita. La hija de don Pascual, el tambero. Tenés que acordarte.

—La verdad que no.

—La hermana del Vicente

—De Vicente sí me acuerdo. Tenía una siambretta. Me acuerdo que una vez fuimos al río montados en la moto.

—Ese.

—¿Te acordás cuándo nosotros íbamos a pescar al río?

—Poco.

—Hace un tiempo sueño con eso.

—Pasó hace tanto.

—Cuando montábamos al zaino de tu papá y remontábamos el río.

—Hace mucho.

—Vos llevabas la rienda.

—Dicen que pa' la madrugada hay lluvia...

—Yo me agarraba a tu cintura... Galopábamos contentos...

—¿Pero por qué hablás de eso?

—Lo extraño. ¿Vos no?

—¿Y vos?

—¿Yo qué?

—Digo, que si te casaste.

—No.

—Ah...

—Ah...

—Me estoy yendo pa'l campo en un rato. Tengo toda la familia allá.

—¿Ya te vas?

—No, en un rato.

—¿Me acompañás a comprar puchos? Quiero salir un rato de acá.

—¿Estás seguro?

—Tanto olor a flores y tanta gente me tienen un poco atontado...

—¿No van a pensar mal...?

—Necesito tomar aire...

—La gente, digo...

—Un rato.

—Que salgas del velorio de tu vieja, así...

—Además, me importa muy poco qué piensen. Casi no los conozco. No sé vos...

—¿Yo qué?

—Nada... ¿Me acompañás?

—Bueno... Está bien... Esperá...

—¿A dónde venden puchos?

—Y, a esta hora solo en el kiosco de la plaza.

—Vamos...

—Tendríamos que tomar Güiraldes hasta la plaza.
—¿Estamos cerca?
—Acá nomás. Al lado de la peluquería.
—Bueno... ya vengo.
—¡No cambiás más!
—Si...
—¿Nunca trataste de dejar?
—Alguna vez intenté... nunca demasiado en serio.
—Cuando empezaste a fumar... tendrías...
—Quince años más o menos.
—Si.
—Vos no me dejabas. Me decías que me iba a hacer mal. Hasta una vez me los escondiste y después los tiraste.
—De eso no me acuerdo.
—Si. Y a mí me gustaba eso.
—¿Qué cosa?
—Que me cuidaras.
—Tendríamos que ir volviendo.
—Un rato más. Sentémonos en la plaza. Hablemos.
—Qué va a decir la gente.
—¿Tanto te importa lo que piensen?
—Acá importa lo que piensan todos, ¿o te olvidaste?
—Sí, acá son todos chismosos.
—Son como son.
—Ok. No discutamos. ¿Nos sentamos o no?
—Un rato.
—¡Vení, vení a este banco. ¡Qué linda queda la iglesia toda iluminada!
—¿Viste que no está todo igual? Prefiero caminar... ¿Qué pasa?
—Nada. Te veo. Te miro. Vos también estás igual. Un poco más gordo, un poco pelado. Pero la misma mirada.
—Si salgo ahora llego al campo de madrugada. El camino es largo y...
—... y una cervecita no vendría nada mal...
—... y vos tenés que volver...
—... y me hablás de tu familia.

—¿Y qué querés saber?

—Cómo te fue en la vida.

—No hay mucho que contar.

—Una cerveza. Te lo prometo. Diez minutos. Después te dejo ir.

—¿Diez minutos?

—Diez. Ni más ni menos.

—Bueno, pero mirá que ando medio apurau.

—Dale. ¿Ese no es el bar de Don Eugenio?

— Claro, ese es.

—¿Entramos?

—Es que me está esperando la peonada, estamos en temporada de cosecha y hay mucho laburo.

—¡Sí! ¡Ya se que tenés que irte para el campo! Ya lo repetiste como siete veces. Vení. Pasá. Vamos a la mesa contra la ventana.

—Mejor aquella

—¿La que está cerca del baño?

—Ahí hay menos gente. Podemos hablar mejor.

—Okey... Parece que ya no te gusta nuestra mesa... Y de paso no nos ve nadie. Vos no te curás más. Igual ya nos relojaron todos. ¿Qué miran?

—Es que no se deben acordar quien sos.

—O se acuerdan muy bien y no pueden creer que esté acá.

—Tendrías que estar de velorio y estás acá por chuparte una cerveza. Además tu vieja es conocida en el pueblo.

—Que piensen lo que quieran.

—Nada, yo decía...

—¿Quién es ese gauchito lindo que atiende en la barra?

—Es el Mariano, el nieto de Don Eugenio. Hijo de la Paula.

—¿Paula la gorda? ¿Pudo conseguir marido?

—Sí, viste. Se casó con el Ricardo. El hijo del herrero.

—De ese no me acuerdo.

—Es que era más grande que nosotros. Una vez que murió el viejo Eugenio se mudaron pa' la casa. Ni la cama cambiaron. Ahora se encargan del bar.

—Ahí viene. Si que está lindo el gauchito... Me hace acordar a alguien.

— Dejate de joder.

—¡Te pusiste colorado!

—Es que decís cada cosa...

—Igual a tu mirada no hay con que darle...

—¡Basta! Pará un poco... que acá me conocen todos...

—Quedate tranquilo, no te jodo más.

—Oí que mañana es el entierro...

—Mañana es el entierro, sí.

—Y después... ¿qué hacés?

—Después tengo que firmar unos papeles. Poner en venta la casa...

—Te quedarás un poco...

—Me voy mañana. Tengo laburo que hacer.

—Hace un montón de años que no venías...

—Más de veinte...

—¿Tanto?...

—¿Qué? ¿Me extrañabas?

—¡Marianito! Dos cervezas...

—¡Epa! ¡Pero no me contestaste! ¡Siempre escapándote por la tangente vos!

—No...no... es que pasó tanto tiempo y ni una noticia tuya... ¿Por qué no supe nada más de vos?

—Bueno, primero la vieja no quería verme. Después, porque después de lo que nos pasó...

—Pasó tanto tiempo.

—Perdoname pero no creo que no te acuerdes.

—Disculpame. Tengo que irme.

—Pero esperá un poco. Ni siquiera terminamos de tomar.

—Mejor así.

—Un poco más. Contame de vos

—Me esperan en casa.

—¿Te esperan en casa? ¿O te espera algún peoncito?

—¡¿Qué decís?!

—¡Pero pará!

—Tengo que hacer.

—Otra cervecita...

—Me esperan.

—Sos el único buen recuerdo que tengo de este pueblo. La última persona que pensé que iba a encontrar. Y acá estamos. Tenía muchas ganas de verte... No te vayas...

—Bueno, la última. No nos vemos hace mil años. No entiendo por qué esa necesidad.

—¿Por qué te pones así?

—Te fuiste pa' Buenos Aires. Yo acá me casé, tuve mis críos. No te vi más.

—No sé qué estás pensando. Te pido mil disculpas. No fue mi intención.

—¿Pero qué más querés saber?

Mudo queda Facundo. Mira con furia a Máximo.

Tomó el vaso y lo empujó hasta el fondo. Se secó la boca con el antebrazo. Le temblaba el cuerpo. Los ojos acuosos. Le clavó la mirada, perforándolo. Máximo, callado, no se atrevió a levantar la suya. Contemplaba el vaso de cerveza revolviéndolo con su mano derecha. Quedaron así, detenidos, casi inmóviles, enredados en sus pensamientos. No sabían qué decirse, ni como mirarse. Máximo envuelto en su vergüenza, por primera vez en muchos años se sintió desnudo, sin disfraz. Un nudo en la garganta le impedía emitir sonido, quiso escapar como hizo tantas veces, pero una fuerza interior lo llevaba a la inmovilidad, a la permanencia. Facundo giró la cabeza un momento, no quería verlo. Quedó con la mirada perdida en el ventanal del bar. Afuera, en la vereda, la rueda de gauchos reunidos en círculo, cada uno con su cerveza en la mano, listos para la salida del sábado. Habían tomado a uno de punto y le gastaban bromas haciéndolo enojar. Reían furiosamente como solo pueden hacerlo, pensó Facundo, los seres de tierra adentro, la boca bien abierta y la risotada estridente, casi animal. Indiferentes al ciudadano, ellos lucían orgullosamente las bombachas sin arrugas, las botas lustradas, las camisas recién planchadas, las boinas de costado, con el ala hacia delante cubriendo un ojo. Sintió fastidio, y un poco de asco. Giró su cuerpo hacia el mostrador y se encontró con la mirada del gauchito que atendía el bar. El muchacho lo observó detenidamente, estudiándolo, esbozó una leve sonrisa que lo sorprendió, como si fueran cómplices de un secreto. Creyó que sus ojos pardos, iluminados, brillantes, querían decirle algo. Sintió curiosidad. Luego escuchó unos gritos que pedían por el pibe. En realidad, unos alaridos salvajes, con sonido a ginebra que lo reclamaban. Marianito lo miró, se encogió de hombros pidiendo perdón, y con paso cansino se dirigió a donde sonaban los chillidos. Facundo lo observó cruzar el bar

esquivando las mesas, con la bandeja tomada de la mano, pegada al costado del cuerpo. Sintió el fastidio del gauchito por tener que responder el llamado, los malos modales de los parroquianos. De lejos llegó a distinguirlos. Dos gauchos viejos, totalmente borrachos, que gesticulaban ampliamente y hablaban a los gritos haciendo que la gente cada tanto se diera vuelta. Por alguna razón nadie les decía nada, los dejaban hacer. A Facundo le resultó familiar una de las voces, no supo de donde. Era grave, rasposa y pertenecía al gaucho más viejo. Le perforó el oído. Fijó su mirada en él. Un gaucho cualquiera, salido de algún libro ilustrado del Martín Fierro, con las bombachas raídas, camisa amarillenta de mugre y barba blanca de años que le llegaba casi al pecho. Pero esos quejidos le producían cierta mezcla de violencia y pavor. El pibe se acercó educadamente a preguntar qué necesitaban. Y entonces, como de la nada, comenzaron a insultarlo, a maltratarlo, a gritar que no los atendía como debían, que no sabía con quienes se estaba metiendo y otras cosas que Facundo no llegó a entender en el fragor de la discusión. El gauchito con los hombros contraídos y la cabeza gacha pidió disculpas, dijo que lo lamentaba, que los iba a tratar como lo merecían. Pero, en vez de escucharlo, los viejos siguieron gritando, maltratando, sacudiendo los brazos, casi a punto de pegarle. El gaucho más viejo se levantó con dificultad, tambaleándose, se enfrentó al pobre pibe ya a esa altura al borde del llanto, tomó su vaso y le arrojó el contenido. En el mismo momento en que el líquido viscoso y amarillento salía desprendido del vaso en forma de gotas dirigiéndose a la cara del gauchito, Facundo comenzó a correr hacia la mesa como una flecha encendida; en el mismo momento en que las gotas comenzaron a salir del vaso formando una parábola de cristal en el aire, el cuerpo veloz de Facundo chocó contra una mesa en su avance desesperado, casi atolondrado; mientras la gente lo miraba con gesto de sorpresa e indignación, el hombre que estaba ahí sentado se lo quitó de encima con un codazo. Facundo sintió la punzada en la espalda impulsándolo adelante. Las gotas llegaron al punto máximo de la parábola, caían brillantes por efectos de la luz, justo a la cara del gauchito que cerró los ojos con fuerza, esperando un latigazo. Los gauchos, victoriosos: — ¡Nadie jode con Loche! — El viejo empezó a gritar entre carcajadas: — ¿No é así, Pachequito? — Facundo alcanzó a escuchar: — ¡Bo...rre...go...— corrió a tropiezos, sintió que no llegaba. Máximo lo miró sorprendido. Vio de lejos cuando las primeras gotas tocaron las mejillas del gauchito, empapándolo, Facundo ya golpeaba con todo su cuerpo la mesa de los viejos, justo cuando el gaucho terminó su frase: —...ma... riii...cóóóónnn! — y a Máximo, que había contemplado, de lejos, sorprendido, la escena, el exabrupto le retumbó en la cabeza. De pronto escuchó los gritos ahora desaforados de Facundo que se oían desde el otro lado del

bar. Máximo se levantó atontado por la situación, y trastabillando decidió seguirlo. Al acercarse vio a Facundo desencajado golpeando la mesa de los viejos, desafiándolos. Máximo reconoció a Loche al instante. Cubierto de mugre, las alpargatas negras, las ropas manchadas. Al otro le faltaban todos los dientes del frente, lo que hacía grotesca su risa. Los viejos quedaron perplejos ante la impronta del desconocido. Tardaron en reaccionar. El viejo Loche increpó a Facundo gritando, que qué se metía, que no tenía que ver en el asunto, que más le valía que desapareciera, que lo iba a lamentar. Facundo golpeó la mesa con toda su fuerza exigiendo que se disculparan con el pibe. Y, del otro lado, el viejo que no salía de su sorpresa, atinó a preguntar quién era. Y Facundo que simplemente era el mismo que iba a hacer que se arrepintiera de tratar al pibe de esa manera brutal. Exigía que pidiera perdón de inmediato, que de lo contrario no respondía de él. Y el viejo, ensordecido por los bramidos, vociferaba que quién era él para meterse, que no tenía nada que hacer ahí. El gauchito comenzó a sollozar, balbuceando con apenas un hilo de voz que se tranquilice, que estaba bien, que ya los conocía y que estaba acostumbrado. Facundo se volvió para verlo, le dijo que no tuviera miedo, que ahí estaba él para poner las cosas en su lugar, que no iba a tener que soportar más que lo humillasen así. Le acarició el brazo, lo miró fijamente, con ternura. El gauchito se estremeció con su caricia. Máximo trató de tomar a Facundo del brazo para llevárselo hacia fuera, pero éste se soltó con fuerza fulminándolo con la mirada. La gente que estaba en el lugar giró hacia la escena, como si de un teatro se tratara. Comenzaron a murmurar entre ellos. Facundo escuchó su nombre a lo lejos, el de su madre, más algunos adjetivos que lo enfurecieron aún más. Loche se envalentonó, se levantó ante él y lo miró fija, inquisidoramente. Quedaron cara a cara. De pronto, los ojos de Facundo quedaron fijos en el rostro desvencijado. Recorrió los surcos, la boca, la barba, pudo unir la cara a esa voz. Comenzó a temblar, lloró de impotencia, y en un tiempo menor a un chasquido de dedos se abalanzó sobre él con los brazos, las manos formando un anillo que rodearon el cuello, estrangulándolo. Facundo tenía el rostro totalmente desencajado, desfigurado sino por el odio, ya quizás por la angustia. Apretó el cuello del viejo, escupiéndolo, puteándolo. El viejo de rodillas aleteaba con los brazos clamando ayuda. Máximo intentó separarlos, pero era imposible, como si una fuerza superior se hubiera adueñado del cuerpo de Facundo. El gauchito lloraba asustado. El resto de la gente a los gritos buscando que alguien hiciera algo, lo que fuese. Era inútil, Facundo seguía pegado al cuello del viejo, enceguecido. El cuerpo rígido, los dientes violentos, apretados, los ojos rojos. Un hombre que estaba en una de las mesas observando la situación se acercó hacia Máximo y le ordenó que se apartara, que él iba a encargarse del

asunto. Sacó un puñal de su costado, y tomándolo con la mano diestra, cruzó su brazo rodeando el cuello de Facundo que al principio se resistió y luchó contra el intruso, hasta que registró el cuchillo plateado que brillaba en la mano con el filo apuntándolo. De a poco fue cediendo, aflojando, hasta que al fin lo soltó. Y entonces el viejo clavó los ojos en la cara del desconocido. Recorrió con su vista el tajo que dividía la mejilla de Facundo en dos, apenas disimulado por la barba. Giró la cabeza hacia Pacheco y riéndose entre dientes exclamó: —Parece que algunos nunca escarmientan, ¿no? —Y a Máximo: — ¿Volvió tu noviecita al pueblo?

Casi en el aire Máximo levanta a Facundo y junto al hombre del puñal lo arrastra ante las inquisidoras miradas de los hombres del bar.

Al llegar a la puerta Facundo giró observando al viejo que todavía se agarraba el cuello. Éste lo miró de forma socarrona, irónica. —Ah sí, que cómo no, que este degenerado es el hijo de la Leonor, gracia que limpié este pueblo de degenerados y zurditos, y bien hechito te dejé el tajo en la jeta... —. Facundo trató de llegar al viejo que no paraba de reír. Lo agarraron por la fuerza, esta vez entre varios. Mientras lo sacaban, entre insultos y burlas, Facundo salió del bar inmovilizado por los brazos del hombre del puñal. Máximo iba detrás, con la cabeza gacha. El hombre del puñal tiró a Facundo sobre la acera, lo insultó y amenazó. Giró sobre sí mismo y se volvió al bar. Mariano lo ayudó a levantarse, le sacudió el polvo del piso, le preguntó si estaba bien. El chico miró a Facundo y le dijo: — ¡Gracias! Nunca nadie hizo algo así por mí. No tengo manera de agradecerle. —Y rodeó su cuerpo en un abrazo sin poder parar de llorar. Apoyó la cabeza en el pecho de Facundo. La boina le había caído de costado tapando la cara. Facundo lo dejó hacer. Se separó despacio, le acomodó la boina, lo agarró de los hombros, lo miró fijamente y le contestó: —Pibe, hacete valer. — Máximo los observaba. Del fondo de la calle una luz azulada titilante se iba aproximando al lugar, a medida que se acercaba se escuchó la sirena. Facundo sintió el sonido como una descarga eléctrica en el cuerpo. Máximo intentó tomarlo del brazo. Facundo se sacudió con una fuerza sobrenatural, lo empujó hacia atrás haciéndolo tropezar. Casi cayó al piso, pero Mariano lo agarró a tiempo. Facundo aprovechó el momento para emprender la huida.

Las luces del bar iluminaron la calle desierta; adentro, los parroquianos tomaron sus últimos tragos. Algunos, los que estaban sentados cerca de la puerta, miraron hacia la vereda y hablaron entre ellos. Máximo supuso lo que estarían chusmeando.

Se tapa los oídos con las manos, comienza a correr cruzando la calle, esquiva una camioneta que frena de golpe ante la sorpresa.

Facundo ya había doblado la esquina y se precipitó por San Martín a todo galope, como potrillo desbocado. Se abría paso con los brazos, a los gritos. Las imágenes le acosaban el cerebro. Por nada del mundo iba a dejarse alcanzar. Dobló por Alsina creyendo que tomando una calle más oscura iba a poder pasar más desapercibido. Tropezó con los ladrillos desnivelados de la vereda centenaria. Cayó sobre sus rodillas con todo el peso del cuerpo. Trató de ahogar el grito de dolor. No había tiempo para pensar ni lamentar. Se levantó como pudo. Una puntada le recorrió la rodilla izquierda. Siguió varias cuadras así, rengueando en la oscuridad que le brindaban los árboles. La vereda ondulante debido a las raíces le dificultaba el paso. Oyó el sonido metálico que se acercaba, con todas sus fuerzas trató de trepar un tapial para pasar al otro lado. Las piernas le pesaban, le dolía la rodilla. Con gran esfuerzo logró cruzar al otro lado, ahogó un grito de dolor al apoyar la pierna en el suelo y se agazapó contra la pared del lado opuesto a la calle. Parecía una casa abandonada ya que no había luces y las ventanas estaban totalmente cerradas, amuradas. Esperó ahí bien callado, temblando. Pasaron los minutos como años. Trató de escuchar. El sonido se hizo más insistente y fuerte. Se estrujó contra el paredón tratando de hacerse más chico, más imperceptible. A los pocos segundos la sirena perdió fuerza, alejándose. Después de varios minutos asomó levemente la cabeza. No vio a nadie, la calle se hallaba completamente vacía. Salió de su escondite con dificultad, trepando otra vez el muro, se aseguró de que no había nadie mirando a ambos lados y se puso a caminar, rengueando. La rodilla le pedía descanso, él no podía darse ese lujo. Cuadras y más cuadras a lo largo y ancho del pueblo. Facundo no se animaba a levantar la cabeza, su visión se limitaba a los viejos adoquines, desparejos y gastados por los cascos de caballo, por las ruedas de carretas, por el tiempo. Pensó que tomó Martín Fierro, doblando por Güiraldes, pero en realidad no tenía idea por donde iba.

Máximo camina acelerado por el pueblo buscando rastros de Facundo. Mariano lo sigue atrás, apura un poco el paso y se pone a su lado.

—Pibe, volvé al bar. Te deben estar esperando.

—No se preocupe, Don Máximo. Lo voy a ayudar a encontrar al señor.

—Quedate tranquilo. Muy lejos no debe de estar. El pueblo es chico.

Siguieron caminando.

—¿Hace mucho tiempo que conoce al señor...?

—Facundo se llama. Hará como unos... treinta años.

—Era de acá... ¿no?

—Sí... es el hijo de doña Leonor.

—Entonces... es él.

—¿Qué decís pibe?

—Perdón... No dije nada...

—Algo dijiste...

—Es que... no sé... se dicen muchas cosas...

—¡En este pueblo se dicen muchas pavadas!

—Ya sé... también dicen muchas... de mí... ¿Es cierto lo que le pasó?

— ¿Por qué te importa tanto?

—Porque dicen que me va a pasar lo mismo...

Llegaron a la esquina de Matienzo y Martín Fierro. Se detuvieron mirando hacia todos lados.

—Acá se habla mucho pibe... Quedate tranquilo...no te va a pasar nada.

—¿Pero es cierto lo que le hizo Loche?

De repente Máximo, sin entender muy bien porqué, odió a su padre, al pueblo cómplice. Miró al pibe, y en un sollozo contestó:

—Eso dicen.

Facundo pasa por detrás de la Iglesia y no nota su presencia.

Los vecinos lo vieron, le preguntaron si necesitaba ayuda. El no respondió. Así estuvo, caminando, hasta que se terminaron los adoquines. Ya no había luces. Siguió andando en la oscuridad como un autómatas. De pronto sintió el barro en los pies. La dureza de la calle derivó en la suavidad del césped. Se detuvo, percibió que el terreno bajaba, comprendió que había llegado a la barranca, caminó unos pasos y ahí se encontró el río, profundo, corría manso, apenas se sentía el murmullo del agua. La luna lo iluminaba generando pequeñas olas fosforescentes, brillantes. Con su pálida luz podía verse la silueta del puente centenario, imponente, sereno. Notó que, del otro lado, donde solo había pampa salvaje, se extendía un villorrio de pequeñas casas humildes, todas iguales. Caminó unos metros bordeando, tropezando por la renguera, recorrió la hilera de sauces, con sus ramas y hojas acariciándolo, escuchó el salto de los peces, el canto de los grillos y las ranas. Se dejó dominar por la serenidad del paisaje. Caminó lento, observando todo, buscando hasta el último detalle. Las flores silvestres, esos penachos amarillos con tan poca gracia se volvían maravillas ante su nueva mirada. Vio unas florcitas violáceas, arrancó un ramillete de la planta, las observó encantado: ¡Nomeolvides! Se rió pensando en la ironía. Se detuvo en la orilla, se dejó mecer por el ritmo lento del río. Tomó una piedra y la lanzó haciendo patito como cuando era chico y competía con Máximo a ver quien lo lograba mejor. Sonrió con ganas. Quedó ahí, hipnotizado, la luna hacía rebotar su luz blanca sobre el agua, dándole un brillo pálido. El canto de un benteveo lo sacó de su ensoñación. Trató de averiguar de donde venía. Giró y ahí estaba, esperándolo, el algarrobo, gigante, iluminado, imponente, con su tronco ancho y sus ramas largas como brazos, su follaje se mecía con la brisa aumentando el canto del río, como salido de un cuento. Facundo se fue acercando, escuchó un ruido. Se asustó. Hasta que una voz lo llamó:

—Te estaba esperando.

Facundo reconoce la voz de Máximo que viene de la oscuridad del algarrobo.

Lo buscó agudizando la vista pero la negra sombra del árbol se lo impedía. Habló al aire.

—¿Y ahora qué querés?

—Sabía que ibas a estar acá.

—Sí, este debe ser el lugar donde me sentí más feliz en toda mi vida...

—Yo también...

—¿A qué venís?

—Es que me quedé preocupado... Te estuve buscando por todo el pueblo... ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Ya me viste. Te podés ir con la conciencia tranquila.

Giró y se dirigió al río. Se sentó en el borde dándole la espalda al árbol, y a Máximo. Tomó una piedra y la tiró. Se entretuvo viendo la parábola de la misma hasta que chocó con el agua haciendo un ruido seco, profundo. Se tomó de las rodillas colocando su cabeza entre ellas, tapándose los oídos. Máximo se fue acercando lentamente, titubeando, se sentó a su lado observando la otra orilla. Quedaron callados un buen rato, Facundo entredormido, Máximo con la vista adelante. Un baño de estrellas acompañaba a la enorme luna llena.

—En Buenos Aires no se ve un cielo así. Tan estrellado e infinito —al fin dijo Facundo.

Máximo se lo quedó mirando, embelesado. Se animó a acariciarle la cicatriz en la mejilla. Facundo sintió un estremecimiento, primero reaccionó quitando la cara, después lo dejó, se zambulló en el placer de la caricia. Máximo, sin dejar de mirar el surco en la cara de Facundo, tímidamente preguntó:

—¿Y vos?

—¿Yo qué?

—¿Cómo fue que te fuiste?

—¡Me vas a decir que no sabés!

Facundo se levantó violentamente rompiendo la magia del momento. Le dio la espalda a Máximo caminando hacia el algarrobo. Máximo se levantó desesperado, corrió hasta Facundo, lo tomó del brazo haciendo que se diera vuelta. Estaban frente a frente, estudiándose. Máximo, en un susurro, comentó:

—Algo me han dicho en el pueblo. Pero nunca lo pude confirmar. Como si se hubieran puesto de acuerdo pa' no hablar más de vos.

—Pero... ¿cómo fue... cómo pudiste...?

—¿Y eso?

—Eso. Que te casaste.

—¿Y a qué viene esa pregunta?

—¿En serio querés saber que pasó?

—Sí.

—Puede ser muy doloroso.

—¿Mi viejo?

Facundo bajó la mirada hacia el río que corría sereno. No se animó a contestar. Máximo volvió a tomarlo con fuerza

—Mi viejo... ¿con Loche?

Facundo levantó la mirada hacia a él. Con los ojos vidriosos lo observó. Lo único que pudo hacer fue mover la cabeza afirmativamente.

—¡Te pido que no me hagas recordar más por favor!

Lo soltó. Dio media vuelta. Caminó unos pasos. Se hizo un silencio sepulcral. Se escuchó el canto de unos benteveos y el sonido del río. Máximo estaba llorando.

Lentamente Facundo se levantó. Se limpió las lágrimas con la manga de la camisa, se paró frente a él. Nunca lo había visto tan hermoso. Máximo lo tomó de la cintura y lo abrazó fuertemente. Facundo pudo sentir toda su piel erizándose. Quedaron fundidos en un abrazo.

Máximo se separa. Se miran, se sonríen. Y como dos imanes que se buscan, y se encuentran, se funden en ese, el apasionado beso.

Se abrazaron con ganas, se redescubrieron en esos, sus nuevos cuerpos, recobrados. El dique abría sus compuertas después de varios años. Y fue el algarrobo, otra vez, testigo de su pasión. Y volaron las ropas, y se unieron sus cuerpos. Y Máximo sintió esa sensación de excitación que en años de casado jamás pudo repetir. Y sus manos actuaban, investigaban libres. Tendidos en el suelo, Facundo bajó hallando respuesta. Y hubo gemidos, y hubo corazones acelerados, violentos. Y Máximo llenó el cuello de Facundo de besos, de saliva. Su boca libre recorría cada centímetro de ese cuerpo, su lengua saboreándolo. Facundo tomándolo de la cabeza le mostraba el camino, se dio vuelta, sintió el pecho de Máximo frotando su espalda. Gozó la entrada, la piel de gallina, los vellos erizados. Y se burlaron del pueblo. Y hubo placer, y hubo gloria. Rieron a carcajadas, como cuando eran chicos. Se miraron tratando de guardarse cada detalle, cada gesto, cada centímetro del otro. Se abrazaron nuevamente. La noche fue cómplice, el algarrobo fue cómplice, la luna fue cómplice...

—**Andá. Volvé a tu casa. Te están esperando.**

—¿Vos estás bien?

—Sí. Tengo que volver al velorio. La gente ya debe estar hablando.

—¿Seguro?

—Sí.

—Al final parece que te importan los comentarios de las viejas chusmas.

—Parece que sí. No hay nada que hacerle. Parece que soy de este pueblo nomás...

—¿Y vos...?

—Yo... tengo que volver p'al campo. Mucho trabajo. Acordate. Es temporada de cosecha.

Si apuro llego antes que amanezca...

Casi no se ve la luna... Los árboles que tapan la luz... Bien oscuro que está... Tengo que ir atento... No vaya a ser que... ¡Encima el camino todo poceau...! Por eso... Calladita la noche... Ni se escucha el bicherío... Llegando al caldenal... Todavía falta... ¡La curva...! Tené cuidao que te va' a matar... Encima no se ve na'... Me había olvidao del Facundo... ¿Y ahora...? ¿Qué voy a hacer...? Años que no lo veía... Mejor trato de olvidarme del asunto... Va a ser lo mejor... Este camino de tierra... La camioneta se tambalea pa' todos laos... Ya pasamos los caldenes... Qué grande se ve la luna... Menos mal que no sembramo la soja... Brotaron como nunca las mazorcas... Sí, mejor preparo todo para empezar la cosecha... ¡Uh...! ¡Qué pozo...! ¿Pero qué me pasa que no veo na'...? ¡Si no lo esquivaba justito capaz quedo atascau acá...! Parezco atolondrao yo... ¿Y cómo la miro a la Clarita...? ¿Y a los hijos...? ¿Y a los nietos...? La Clarita siempre tan buena conmigo, siempre firme como poste 'e alambrado la madre de mis críos: el Juan que ya casi llega a los treinta y que me dio a Marinita, mi nietita querida y después la Griselda que le puso al gurí recién parido mi nombre en mi honor... ¡Mi Griseldita! Y los gemelos, el Leandro y el Pedro, ¡dos vagos lindos! ¡Qué linda familia supimos hacer con la Clarita! Pero... ¿qué sería de mí sin ellos? Todo lo que hice no puede tirarse a la basura por... ¡Ay...! ¡Volanteá...! ¡Uh...! Sí, atolondrao estoy... ¡pior! Si este camino lo conozco de

memoria... ¡Me debe durar la curda! No... Fue eso que pegó en el parabrisa... Algún pájaro... o murciélago... si no clavaba los frenos me hacía bosta contra el árbol... ¡Qué julepe...! Más vale voy con cuidao... No vaya a ser que... Pensé que estaba curao pero no... ¡Bastó pa que apareciera y se me volaron los pájaros...! ¿Y ahora cómo sigo? Ya debo estar cerca de la entrada a la estancia de Don Peña... Sí, ya veo los chañares, aunque todavía están lejos... ¡Cómo está de estropeau el camino...! Mañana mismo me pongo en campaña pa' que lo arreglen. ¡Ya me va a escuchar el intendente! Pensé que el tiempo... los gurises... ¡pero no...! ¡Qué lo parió! Parece mentira... yo que casi ni me acordaba... Como gurí lo vi llorar y... ¡Qué lo parió...! Bastó con eso... me temblaban las piernas... Pero ¿dónde me vine a parar...? ¿Puede ser que me haya pasado del cruce...? Estoy llegando al río... De acá veo el puente... Qué distinto este río, más limpio, más ancho, más puro... No puede ser... Sí, me pasé... No llego más... y encima me mando estas macanas... ¿Entonces qué soy yo? ¿Qué mierda es todo esto? ¡Guarda la vaca! La vi de pedo... Encima no se ve ná... Ya me voy a olvidar de todo lo que pasó... Hay tanto pa' hacer en el campo... Ya van a volver los patitos a la fila... Además, está la Clarita y la familia que me van a ayudar y se me van a ir de la cabeza todas estas pavadas, ni me voy a acordar del Facundo... ¿Pero ¿qué es esto...? Y yo que ni me lo imaginé... Pensé: voy, lo saludo y me vuelvo... Pero... ¿qué tiene el Facundo...? Bastó que lo mire pa que... y entonces... ¡Uh...! ¿Pa qué vino ahorita? Yo que estaba tan tranquilo en el campo con la Clarita... ¡Pa qué vino...! Y yo que me dejé engatusar, ¿qué soy? ¿Un gurí? ¿Una sirvientita? ¿Una quinceañera soy? ¡Carajo! Y este que se viene ¡treinta años después... y me revuelve todo el avispero! ¿Pero qué me pasó? ¿Cómo fue que de pronto le... ¿agarré? ¿Yo le agarré...? ¿O fue él? ¡No! ¡Fue él! ¡Yo no hice nada! ¡Nada! ¿Por qué no hice nada? No lo empujé. ¡Sí! ¡No! Mejor me... Ni me aparezco má por el pueblo... aunque él no esté. Además, me vieron en el bar... ¡El pozo...! ¡Esquivalo! Casi ocupa todo el camino... ¿Y qué le digo a la Clarita? La Clarita no es sonsa y enseguida va a sospechar, por eso... me quedo en el campo... Y la Clarita conmigo. Ni la voy a dejar pisar el asfalto. No va a faltar la chusma... ¿y si nos vio alguien en el río...? No... no había nadie... ¿pero y si había...? ¡Las cosas que me hizo! La Clarita nunca una cosa así... La piel se me puso toda de gallina... ¿Y ahora de nuevo? ¿Pero qué me está pasando? Pero... después... y además... Y... y... ¡No! ¡No puede ser! ¿Un chimango? ¡Sí! Debe haber algún bicho muerto si no... no me explico... ¡Qué se yo qué me pasó! Estaría medio en pedo... ¡Fue la cerveza...! Eso. ¡La cerveza y el calor! Estaba mareau... Pero no me puede estar pasando esto... ¿Será que soy...? ¡No! ¡De ninguna manera! Yo no soy eso. Yo soy... un hombre hecho y derecho. De tierra adentro,

un padre de familia, un gaucho sano... ¡El tata soy...! Por eso... Con suerte se va mañana y después como era antes: levantarme temprano, ir a ver la cosecha, cuidar las vacas, tomarme mis amargos con la Clarita y ya está, ¡me dejo de pavada, me lo saco de encima! En el campo se me van a olvidar todas las macanas, pero... Qué grandes que estamos... Se lo veía importante. Claro, es porque viene de la capital, allá todos son así, si hasta habla distinto... No parece criao acá... La habrá pasao mal cuando llegó allá... No sé... ¡La liebre! Justo tuvo que pasar delante de la camioneta. Por poco la piso. Mejor freno un rato antes de pegarme contra un árbol o algo así... Qué lindas están las estrellas, qué lindo es el campo, la cosecha a punto, hay tanto trabajo por suerte, tengo mi familia, una mujer, los hijos ya casoriaos, los nietos cada día más grandecitos... ¿Y si se enteran? ¿Qué hago si los gurises se enteran que el tata...? Por suerte el Viejo ya está enterradito si no capaz que me da de cintazos así de grande como estoy. ¡Cómo me dio con el cinto cuando...! Me acuerdo y me duele la espalda... Y a Facundo también le dio... ¿O fue Loche...? Es lo mismo. Bastaba que el viejo chasqueara los dedos y ahí estaba Loche perrito faldero. Si fue Loche lo mandó el viejo... ¡De eso seguro...! Pobre Facundo si es cierto lo que se dice en el pueblo... Uno cree que a esta altura de la vida ya está hecho ¡y a la vejez viruela! Sí, está lindo el trigal, ya se ven los penachos iluminados de amarillo. No, no amarillo. Medio rosado se ve... No, no, no. ¡Parala con la puesía, Máximo! Tendría que ir yendo... No me animo, che. ¡Este viejo no se anima! Virgencita... ¿Qué hago...? Estoy entrampau... Facu... me tené embrujau... Y no sé qué hacer... Ojalá las cosas hubieran sido distintas pero bueh... Es lo que salió... Ya va a amanecer... Mejor prendo el motor... Todavía falta un trecho y después... me encierro en el campo como la otra vez. ¡Uh Facundo! ¿Qué me hiciste?

Facundo, junto al río, prende un parisiennes, larga una bocanada.

Quedó un rato en silencio, oyendo el correr del agua. Los benteveos siguieron con su canto. La luna lo iluminó. Finalmente, con una sonrisa, emprendió el regreso. A pocos metros, escondido tras un sauce, Mariano había observado la escena. Había seguido a Máximo y fue el único testigo de semejante acto de amor. Se sintió parte. Su cuerpo también se excitó. Su piel también se erizó. Y por primera vez en su vida, no se sintió solo.

¿Todavía siguen las viejas rezando?

¿Qué hora será?... ¡Las 2.30!... ¡Mierda que tarde se hizo!... Con razón me miran con rabia... ¡Ma' sí!... Morfo algo y me voy a dormir... ¡Nadie me va a cagar la sonrisa que traigo!... Por suerte Alcira me dejó unas milanesas en la heladera... No comía desde anoche... no me había dado cuenta... Con todo el trajín... ¡Qué calor!... Por suerte falta poco... Ya... me tiro un rato en la cama... espero no quedarme dormido... mejor me pongo el despertador... por las dudas... ¡no vaya a ser que me duerma y me pierdo el entierro!... y en esta casa... ¡ni en pedo!... me parece que me llevo algunos libros... ¿Habré entendido Rayuela cuando lo leí?... no me acuerdo... me lo llevo... ¡Ficciones!... ¡este era de papá!... edición 19...44... ¡primera edición!... ¡obvio que me lo llevo!... a ver... qué más... los demás los tengo... ni pienso llevarme los de Robin Hood... ¿para qué?... ¡ojo que pueden valer!... ¿cuántos son?... treinta y... siete... ¡un montón!... ¿me llevo el cuaderno?... Sí... me lo llevo... no vaya a ser que lo lea vaya a saber quien... además... es mi recuerdo... mi historia... sí... me lo llevo... Bueh... Me tiro un rato y después del entierro... ¡Hasta la vista baby!...

¡Cómo pesa tu cajón!

...por suerte se pelearon entre varios para llevarlo... Parece que lo arreglaron al cementerio... o yo lo recuerdo distinto... ¡ya sé!... hicieron una capilla nueva... plantaron césped... y estos caminos de piedritas no estaban... antes eran de tierra... creo que esos árboles son nuevos... igual que los rosales... pintaron las lápidas... antes se veía más... tétrico... salido de película clase b... las de sábados de super acción... esas de vampiros... ¡malísimas!... pensar que me cagaba en las patas... después no dormía... pensando que un vampiro venía a buscarme... suena... ¡erótico!... si vení... chupame toda la sangre... ¡ja!... ¡no!... quedate tranquila... no me río más... ¿sabés?... acá nos juntábamos a jugar a la escondida... nos metíamos entre las tumbas... te podrás imaginar que entonces... ¡cómo aprovechaba!... los manotazos que pegué en lo oscuro... hasta que el cuidador nos rajaba a los gritos... ya sé que no te gusta que diga estas cosas... pero... ¡ahora no me callo nada!... total... ¿Qué podés hacer?... ¿A ver?... Ya... me callo... nada más porque hoy es tu entierro... ¡uh!... ¿Cuánto tiempo más vamos a tener que cargar este cajón?... ¡Ya no me dan más los brazos! No, ni idea de quienes vienen conmigo... ¿Vos no los conocés acaso?... solo conozco a Don Fernández... anoche se me acercó en pleno velorio... me

quiere comprar el campo... me hizo una oferta entre un Padre Nuestro y un Ave María... ¡no pudo esperar el turro!... ¡Que no me voy a arrepentir!... ¡Que pa' que quiero esos campos!... ¡Si yo vivo tranquilo en los Uenosaire!... ¡Sil!... ¡Uenosaire dice el bruto!... Yo ni idea de qué me estaba hablando... hasta que esta mañana De Paula me avivó... me dijo que teníamos que arreglar la herencia... no solo por la casa, también de unos campos... ¡y hasta una cuenta en el banco!... todo para mí... que vos le diste la orden... hasta hiciste la sucesión... ya Doña Alcira me había adelantado algo... no puedo pensar mucho ahora... jamás pensé que fueras a dejarme algo... desde que me fui ni para aspirinas me diste... me arreglé solito... cuántas veces hubiera necesitado aunque sean unos mangos... y ahora me dicen que todo esto es mío... no entiendo nada... ¡Viejo ladino este Don Fernández!... me quiso agarrar desprevenido... ¡Al fin!... ya en el panteón... acá el viejo... la abuela... lo mejor que tuve... ¡qué rico era su dulce de leche!... ¡ni que hablar del loco!... el abuelo... a ese no lo conocí... murió a los treinta y seis años... mi viejo a los cuarenta y tres... parece que los hombres de la familia morimos jóvenes... ya pasé a los dos... espero haber salido a vos... ¡jojo!... solo en eso... y en el gusto por la ropa... donde fuéramos, vos tan elegante... tus vestidos de modista... que copiabas de la Burda... tus sombreros... que yo usaba para jugar... siempre bien peinada y perfumada... aunque eras bastante feúcha... ¡Sí, mamá!... ¡asumilo de una vez!... ¡no eras tan agraciada!... no... yo no salí a vos en eso... Si, me tuve que comprar una camisa... la de jean no daba para más... ¡se paraba sola de la mugre!... por suerte la tienda estaba abierta... ya la transpiré toda... ¡qué calor puta madre! Cuánta gente... debe estar todo el pueblo... descifro algunas caras... los viejos lloran... claro... una más que se va... estarán pensando cuándo les tocará... el resto... ¡algunos bastante buenos!... ¡le daría a más de uno!... con ese aire campestre... fortachones de barba... No te gusta un carajo lo que estás oyendo... ¿no?... ¡Jodete!... ¿Que no me ría que estoy en un entierro? Uhhhh... ¡Quémieeedddoooo!... ¿Qué pensás hacer?... ¿Saltar del cajón y darme un tortazo?... ¿Que qué va a decir la gente?... ¿que me río de vos?... ¡de la pobre doña Leonor que era tan santa!... ¡Ok!... ¡Calmate!... ¡No me río más!... Bueno... un poquito... Es que... todo esto me parece... no sé... un poco... bizarro... ¡No te enojés!... ¿Y ahora qué quieren?... ¡Mirá vos!... ¡Me llaman para despedirte!... ¿Y ahora qué te digo?... no me sale nada... nunca nos entendimos... ni antes ni ahora... quisiera decirte cuanta falta me hiciste... cuantas veces lloré por no tenerte cerca... pero no me sale... cuando llegué a Buenos Aires... y no tenía donde ir... ¡Cómo me cagaste mamá!... ¡Me quitaste de encima!... ¡Te lavaste las manos!... ¡No te das una idea de las cosas que pasé!... ¡No tenés puta idea!... Y vos acá yendo a misa y comulgando los domingos... ¡Te odié mamá!... ¡Con

todo el cuerpo!... ¡No voy a llorar! ... ¡No te lo merecés!... Pregunto... ¿Alguna vez pensaste en mí?... si pasaba frío... o hambre... cuando te juntabas con tus amigas a tomar el té... y jugar canasta... ¿se te ocurrió pensar qué estaría haciendo?... dónde vivía... si tenía trabajo... ¿Qué les decías a tus amigas chupa cirios?... ¿Que me había ido del país?... ¿A estudiar?... ¿o no te preguntaban?... ¿Tanto te importó aparentar?... ¿Tanto como para esconder a tu único hijo?... ¿Que tenías buenos motivos?... ¿Porque tu hijo era rarito?... ¡Ningún rarito mamá!... ¡Puto!... eso era... ¡Bien puto!... ¡si mamá!... ¡chupé pijas en los baños!... ¡Un montón de pijas!... De a muchas... de todos los tamaños... grandes... chicas... bien gordas... ¡como a mí me gustan!... Cogí con tipos de todas las razas mamá... Blancos... Negros... Árabes... Judíos... Cristianos... ¡si hasta me cogí un japonés! ... ¡Una montaña de machos encima mío!... ¡Y cómo gocé con cada uno!... ¡Como perra en celo!... ¡Por el culo!... ¡por la boca!... ¡Por todos lados mamá!... También me cogí a viejos... ¡por guita!... ¡No me pegué el sida de puta casualidad!... aunque alguna peste me agarré... La verdad no te entiendo... nunca te entendí... ayer... cuando vi el cuarto... me di cuenta que para vos tampoco fue fácil... me sentí un poco más... querido... y... que... quizás... lo hiciste para salvarme... preferiste mi lejanía a mi sufrimiento... o el tuyo... no sé... ¿Tanto te costó entender que tenías un hijo maricón?... ¡sí, mamá!... ¡Maricón!... ¡Puto, mamá!... ¡Tu hijo es puto!... ¡entendolo de una vez!... ¡No, yo a vos no!... ¡Yo no te entiendo!... ¡Nunca te entendí!... ¡Nunca te voy a entender!... ¡Preferiste quedarte sola!... Vamos a ver cómo te va del otro lado... vos tan católica apostólica y romana... ¡No me pidas piedad!... ¡Vos no la tuviste!... ¿sabés qué?... es la última vez que te hablo... que pienso en vos... ¡hoy me siento libre mamá!... ¡Me libero!... Hace tiempo que no me escondo... pero creo que recién hoy termino de aceptarme... Allá vos con tu locura... ¡Yo estoy bien!... ¡Me siento bien con quien soy!... ¡Y que ya te metan en el panteón!... No tengo más que decirte... ¡Al panteón!... ¡Calladita la boca!... al lado de papá... ¡pobre viejo!... tranquilo como estaba... estarás cagándolo a pedos... Sabés que ya no me provocás miedo... ni nada... tampoco te odio... no sé... capaz un poco... Por suerte ya se acabó esta fantochada... ahora a comer y de ahí a la terminal... no veo la hora de irme... ¡Qué desubicado Don Fernández!... otra vez con los campos de mierda... en pleno entierro... igual... que arregle con De Paula la venta... ¡me quiero ir ya!...

Se va Tieta del pueblo... ¡qué fenómeno Jorge Amado!

¡Uh!... ¡no doy más!... que bueno que mañana no laburo... aunque el jefe... ¡qué calor imbancable!... por suerte el micro tiene aire... ¡qué raro todo!... me siento... raro... no encuentro otra palabra... y encima tengo que volver... por suerte la vieja ya tenía hecha la sucesión... ¡no lo puedo creer!... ¡casa y campo en el pueblo!... ¡y guita!... ¿y que voy a hacer? ¡Ni idea!... Toda la vida galgueando y ahora... Si, ¡vendo todo!... ¿Y si me quedo con la casa?... Podría venir cada tanto... tipo fin de semana... hasta podría poner una pileta en el fondo... con la guita que me dejó la vieja... ¡obvio!... estaría bueno... pero... ¿Qué carajo estoy pensando?... ¡No!... no puedo venir como si nada... como la gente en el velorio... ¡caras de piedra!... algunos hasta me abrazaron... ¡no!... ¡de acá me echaron!... ¡me maltrataron!... No, mejor vendo.... Yo no puedo ser como ellos... por eso... Si, ¡vendo todo!... ya tuve la oferta de Don Fernández... ¡viejo desubicado!... Llevando las manijas... podría haber esperado un poco más... por suerte tengo tiempo para pensar... además... Máximo... me lo voy a estar cruzando... ¡ya se que no me va a dar ni bola!... las apariencias importan más... una cosa lo de anoche... que estuvo buenísimo... ¿y qué podría hacer yo acá?... ¡Pajearme todo el día!... ya tengo una vida hecha en la ciudad... un laburo que me gusta... algunos amigos... cojo de vez en cuando... por eso... mejor vendo todo y rajo de acá... que quede todo en el mal recuerdo... mejor así. ¡Uh!... ¿dónde mierda tengo el celular?... no para de sonar... ¡ah!... en la mochila... ¡el jefe rompiendo las pelotas otra vez!... Si... que estoy volviend... llego esta noch... ¿mañana?... ¿a qué ho?... ¿puede ser después de mediod...? Es que estoy muy cansado... ya sabe... no dormí en toda la noche... si, si... a las tres está b... no se preocupe... todo va a salir bien... ¿Qué quiere Salaberry ahora?... Ya... esta noche sin falta hablo con él... Yo estoy bien... gracias... hasta mañana... ¿Qué hora es?... ¡Uh!... faltan quince minutos... se me caen los ojos... me duele todo el cuerpo... ¡Qué lindo estaba el Máximo!... más lindo que como lo recordaba... ¡y mierda!... parece que no se olvidó de nada!... pobre tipo... tener que vivir toda la vida así... mintiendo... pero esos besos no mienten... ¡y esa pija tampoco!... me acuerdo y es como una película... lo mejor de este viaje... ¡lejos!... ¡Uy!... ¿Y ese pibe...? ¡Pibel!... ¡Pibel!... ¿Vos no sos el mozo del bar?... ¿Tu nombre?... ¡Mariano!... ¿Y ese moretón en el ojo?... ¿Cómo que nada?... ¡Mirá como estás!... ¿Que te vas?... ¿A Buenos Aires?... ¿Por qué?... Ah... Te entiendo... Yo también... hace unos años... Si, parece que todo el pueblo... ¿Y qué dicen?... Ah... saben hasta de Loche... ¿te dijeron que nadie hizo un carajo por mi?... Veo que estás bien informado... ¿Yo?... ¿Qué tengo que ver yo?... ¿Qué hablaste con tus viejos?... ¿Y como reaccionaron?... ¡Que lo parió!... ¡No aprenden más!... ¡Y te rajaron así nomás!... ¡Que hijos de puta... perdoname... pero no puedo creer que todavía... son unos

bestias... ¿Y dónde pensás parar cuando llegues?... Ah... ¿una tía?... menos mal que tenés donde quedarte... ¿Buenos Aires?... ¡Buenos Aires es hermosa!... Difícil... Pero hermosa... Te va a gustar... Te entiendo que tengas miedo... ¡Por supuesto voy a ayudarte!... ¡Confía en mí!... que estás con la auténtica Tieta de Agreste... No importa... yo me entiendo... Quedate tranquilo... todo va a estar bien... ¿Vamos?
